

lo saborea y dá al loro del pan hecho sopa en la taza, el cual loro grita hambriento y parlanchín:

<Yo no quiero ir á la escuela !

¡jí, jí, jí, !

¿Por qué, lorito?

¡Porque la maestra me pega!



VII

Ultima noche de un sentenciado
á muerte.

PLUMAJE cenizo, manchas canelas en las puntas de las alas y en el medio del pecho, erizada *escobeta* y eréctil *moco*; fuertes las patas y afilado el pico; con un *clo, clo*, en la garganta de goloso harto y un rodeo sonante y ligero de pavo cebado y casto; así lo conocí amarrado á larga cuerda en la sombra fresca de la acera, cuando el sol de agosto caldeaba la atmósfera y maduraba el maíz, dorándolo en los tallos y secándolo en las trojes.

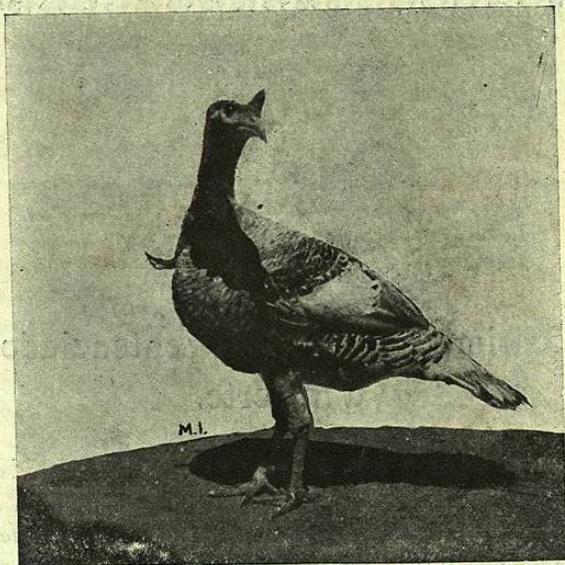
¡Qué de revolcarse pataleando en el polvo de la calle!

¡Qué de ponerse la seria cabeza de señor de polendas tan luego pálida como tan pronto purpurina y roja!

Ya sacio de esa holganza del cuerpo, sediento, á pico abierto, tomar trago á trago, como gárgaras recetadas por médico, agua fresca del colorado y lleno *tlacualón*.

Pardea la tarde; de la holgura de la calle pasa el guajolote á la alta copa de frondoso guayabo, donde suele dormir contraída la garra sobre movable y extendida rama: allí dormirá el último sueño; pues para festín de estómagos apetitosos será matado á la mañana siguiente por manos alevés de sanguinaria cocinera: en el suculento mole de

CAPITULO VII



blanco, ó en el oloroso relleno, ó en la condimentada salsa de hígado exhibirá su gordura y sus blandas y blancas carnes, servido en amplio y siempre solicitado platillo.

¡Adiós del escarbar á caza de gusanillos entre los yerbazales del patio!

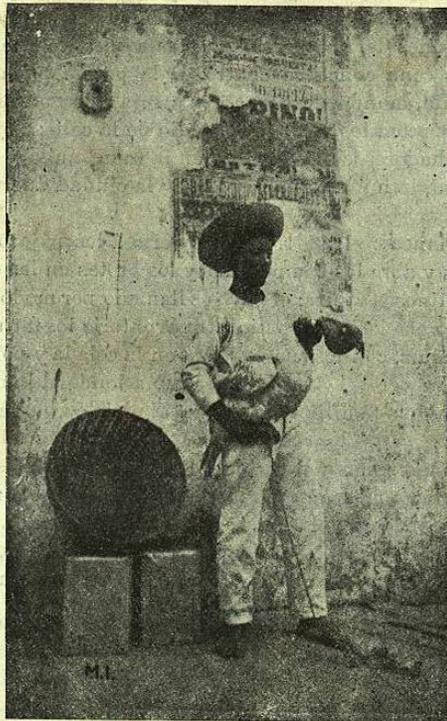
¡Adiós á la pitanza de rica avellana y lechosa nuez!

El egoísmo del hombre lo regaló con regodeos y holgorios para saciar después el apetito voraz de intemperante gastrónomo.

Y él, tan ignorante de la matanza para que está sentenciado, duerme, despertando á ratos por la luz de la luna que se introduce entre las ramazones rumorosas del guayabo.

Es muy avanzada la noche; los faroles se apagan como soñolientos; la calle está desierta; uno que otro transeunte taconeá fuerte y seguidamente por sobre el enlosado; los perros ladran á distancia, cual avisos lejanos de

centinelas recelosos; el gallo, por momentos, canta arriba del colgadizo ó *mediagua*; de pronto, entre la penumbra se escurre un bulto recatándose de la luz de la luna; cruje la vieja cerca de *yagua* y la yerba bajo de las pisadas vacilantes, el guayabo se inclina de una rama, cloquéa el *totol*, que de seguida es castigado por su importuna parla



con mano férrea que le aprieta el buche y brazo hercúleo que le aprisiona las patas; el bulto, á campo traviesa, toma la antes entrada del patio traspasando la vieja cerca de *yagua*, vuelve á escurrirse por donde vino lanza un silbido

agudo, en tanto que el perro del vecino ladra furiosamente calla el perro cuando ya el guajolote, decapitado y sin plumas, chirría dentro del ardiente horno de la panadería cercana al lugar del despojo; botella, aligerada de contenido por continuas libaciones, pasa de mano á mano entre los nocturnos é incógnitos cenadores; el olorcillo de la carne asada del pavo se entra tentador por el olfato despierto, haciéndole un agua la boca y agitándole el estómago con las sensaciones del hambre á quien en ayunas lo oliere.

La cena concluye dentro de la propia panadería; la osamenta, monda de carnes, se arroja al basurero, que en tal convierten los vecinos el medio de la calle; aléjanse los trasnochadores, canta el gallo en la rama, aulla el perro en el corral, la luna alumbra plena y la ciudad duerme tranquila.

Amanece: el sol riente despierta á los pájaros en las frondas y abre las campanillas y los brotes en las empinadas y ruinosas tapias; el pavo es llamado por modo onomatopéyico en el extenso patio para aventarle los últimos granos de maíz, con los cuales caerá en la celada y por ella en la sartén; pero el ave de corral no atiende al llamamiento mimoso; la familia toda se echa al patio en busca del rico bocado; ni entre los *chaparros* que se enmarañan debajo de los limoneros, ni en el patio inmediato, ni en parte alguna se encuentra pieza muy preciada; de allí á poco la maritornes—conocedora del robo de la gallinácea—señala la cerca agujereada: ¡por ahí!—exclama extendiendo el índice—Este descubrimiento saca de quicio al papá y á las muchachas de la casa, que gritan desaforadamente:

¡Se lo robaron!

¡Ladrones!

¡Aquí no hay *polecías*!

¡Aquí *naiden* vigila!

¡Y *pá éto* paga uno alumbrado y *contribución*!

Y por aquel día se aguló la fiesta á una humilde familia que esperaba comer á manteles en pascua florida, ya que había comido de vigilia toda la semana santa!

VIII

La Barbería

MUCHAS veces voy, sin que mi persona necesite del arreglo de la barba ó del corte del cabello, á la barbería del Portón.

Es un cuarto pequeño que da á la plaza antigua del mercado; un rincón caluroso en el verano y frío y desabrigado en el invierno; pero muy popular y conocido.

Ahí concurre la gente obrera y aquellos que vienen del otro lado del Papaloapan, ó de río arriba, trayendo legumbres, verduras y otras especies de comestibles para expendierlos, desde la madrugada, todos los días; también hay otros muchos individuos que van á hacerse la barba y á cortarse el pelo.

No obstante tan numerosa clientela, el maestro barbero no suele necesitar de oficiales, él solo vigila su establecimiento; sin quitar ojo de nada, afeitada, pela, peina y.... habla.